BAYLESS CONLEY

SIEMPRE HAY ESPERANZA

Una Historia Personal de Redención y Transformación

Siempre Hay Esperanza

Una Historia Personal de Redención y Transformación

Bayless Conley

answers *with* BAYLESS CONLEY

Answers with Bayless Conley
P.O. Box 417
Los Alamitos, CA 90720
AnswersBC.es

©2005 por Bayless Conley y Answers con Bayless Conley Publicado en 2006

ISBN: 0-9787116-3-7

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas están tomadas de la Versión Reina-Valera 1960.

Impreso en los Estados Unidos de América TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

No se autoriza la reproducción de este libro ni parte del mismo en forma alguna, ni tampoco que sea archivado en un sistema o transmitido de manera alguna ni por ningún medio electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otro, sin previo permiso escrito de Bayless Conley.

Siempre Hay Esperanza

Bayless Conley

Tabla de Contenidos

Introducción 1
Los Primeros Años 3
Luego Empezaron las Drogas . . 5
Mi Vida en Familia 15
Mi Formación Religiosa 17
Estando de Fuga 19
Jesucristo en Mis Pensamientos . 25
La Restauración de la Familia . . 47
Una Ayuda para Corazones Hambrientos 53

INTRODUCCION

La historia de mi vida es una historia acerca de la gracia insondable de Dios. Al pensar en lo bajo que llegué a caer y en todos los problemas en los que me metí, el hecho de que siga hoy en día con vida ¡es un milagro!

Día tras día, mes tras mes y año tras año, me fui sumiendo cada vez más en el abismo de la drogadicción y el alcoholismo. Busqué de forma desesperada la verdad y un significado que le diese a mi vida la razón de ser, la razón de por qué me encontraba aquí.

Sin embargo, nada me podía satisfacer. Nada podía llenar el gran vacío que albergaba por dentro, y nada me pudo dar la respuesta que buscaba. Eso hasta un día de 1975, cuando me enfrenté a la verdad que procedía de los labios de un muchacho valiente de doce años. A través

de él, pude encontrarme con el Cristo viviente, y mi vida cambió para siempre.

Si usted se encuentra en una búsqueda por el significado de su vida, o si se está preguntando el por qué está aquí, o si batalla para llenar ese profundo hueco en su interior, le animo a que siga leyendo. Lo que usted descubrirá, será la historia de alguien cuya vida estaba llena de narcóticos, alcohol y ocultismo, pero que acabó siendo rescatada por la gracia y el amor de Dios en su hora más oscura.

Esta es una historia de esperanza, de esperanza eterna. Es una esperanza que puede ser suya hoy mismo.

LOS PRIMEROS AÑOS

La historia de mi niñez, se asemeja a la de muchos niños que crecieron en los años 50 y 60. Nací en la ciudad de Long Beach, en California del Sur, y crecí como cualquier típico niño californiano.

Yo disfrutaba mucho del deporte, pero en especial me gustaba el béisbol. Sin embargo, cuando empecé la secundaria, mi vida comenzó lo que se puede llamar un lento declive.

Al principio, empecé fumando cigarrillos con unos compañeros porque pensábamos que era algo fenómeno. Después, seguí con la bebida porque también pensábamos igual.

Todavía recuerdo aquellos días cuando tenía trece años de edad: me levantaba ya con las ganas de beber y llegaba al colegio ebrio o con una resaca insoportable. Esto llegó a ser lo normal para mí en mis años

de adolescente.

Conforme avanzaba el tiempo, me adentré más en la bebida y en otras cosas que yo pensaba ser muy atractivas, pero que me estaban produciendo un gran daño personal.

Durante unos años, llegué a ser un excelente jugador de béisbol, y como todo niño de mi edad, mi sueño era llegar a jugar como profesional. Al entrar en primera de preparatoria, el colegio tenía un equipo de béisbol y me presenté para jugar. Después de ser aceptado en el equipo, me rapé la cabeza porque era la norma para cualquier joven que participaba en uno de los deportes colegiales.

LUEGO EMPEZARON LOS NARCÓTICOS

Justo antes de empezar la temporada deportiva, estaba jugando baloncesto y me torcí la rodilla. El daño fue tan grave, que acabé en el quirófano, y allí acabó mi carrera deportiva. Aunque no me di cuenta en ese momento, algo me sucedió a raíz del accidente y tomé un paso importante en una espiral deslizante. Una señal externa del cambio que se estaba produciendo en mí fue una decisión de no cortarme el pelo durante los siguientes siete años.

Un poco tiempo después de esto, fumé marihuana por primera vez y ese primer pitillo que me fumé en las inmediaciones de mi colegio abrió las puertas a muchos tipos de narcóticos. Empecé a fumar hachís y a tomar LSD, anfetaminas, barbitúricos y, de vez en cuando también le daba un poco a la cocaína.

Y como si eso no fuera poco, bebía

más y más todos los días. De hecho, no paraba de beber. Lo normal era que me escapara del colegio para ir a drogarme. Y todo esto se convirtió en mi vivir diario. Parrandas, chicas y narcóticos, ese era mi estilo de vida.

A esas alturas, un amigo que vivía en el norte, en una comuna, empezó a invitarme a pasar tiempo con él. Yo pensaba que era algo de lo más estupendo el poder estar con chicos mayores que yo por un par de días, drogándonos, bebiendo y quedando bien colocados.

Un día, alguien me recomendó un libro de un grupo de indios nativos que estaban en una búsqueda de verdad espiritual y se adentraban en el mundo espiritual por medio del uso de los estupefacientes. Este libro hablaba del uso de drogas "orgánicas", tales como el peyote, hongos y otras cosas "naturales."

Yo ya había usado estos estupefacientes "orgánicos" junto con mis drogas químicas normales y el consumo de alcohol. Pero con el respaldo de este nuevo libro, empecé a preferir estos alucinógenos orgánicos a los otros,

aunque nunca dejé de tomar de todo.

Al reflexionar sobre ello ahora, me parece una locura, ya que me sentaba en clase masticando un bocado de hongos, alucinando hasta ni poder funcionar.

Puede que le suene raro, pero aún en medio de mi alocada vida de drogas, yo estaba en una búsqueda espiritual, queriendo encontrar la verdad. En muchas ocasiones, me iba al desierto con un grupo de amigos. Allí buscábamos un sitio aislado en donde acampar, y luego todos juntos nos drogábamos, intentando de alguna forma contactar con el mundo espiritual.

Pero aún en medio de mi alocada vida de drogas, yo estaba en una búsqueda espiritual.

No era raro que una docena de nosotros estuviésemos vagando por el desierto después de haber ingerido peyote u hongos. De hecho, pasábamos horas merodeando entre las rocas y las peñas de aquel desierto, buscando respuestas ¡y eso de noche! Si no fuese tan triste, seguramente sería de risa el pensar que podríamos encontrar la verdad

entre un montón de rocas en el desierto.

Sin embargo, dentro de mi corazón yo estaba llorando de las ganas que tenía de encontrar la verdad.

Buscaba algo que pudiese satisfacer y llenar el gran vacío que yo albergaba. No podría contar las veces que Dios me salvó la vida durante esos años de búsqueda. Lo único que ahora sé, es que alguien en algún lugar tuvo que haber estado orando.

Por ejemplo, en más de una ocasión, perdí el conocimiento al estar conduciendo, ¡aún en la autopista! Yo debería de haber llegado a formar parte de las estadísticas de conductores ebrios, pero aun así, nunca me hice daño como consecuencia de un accidente de tráfico.

En otra ocasión, yo y un amigo habíamos subido a las montañas en una de nuestras acampadas o búsquedas espirituales. No llevábamos mucho en nuestras mochilas, sólo unas drogas orgánicas y unos litros de cerveza. No metimos nada de comida, sólo la cerveza. Una vez ya arriba en las montañas, empezamos a beber nuestra cerveza y a

drogarnos. Las drogas hicieron efecto y empezamos a explorar por aquel sitio. De repente, nos topamos con una vieja cueva que en realidad era una mina antigua.

La cueva parecía llegar hasta el corazón de la montaña, y nosotros, sin apenas pensar en las consecuencias que nuestras acciones pudiesen tener, empezamos a adentrarnos. No teníamos más que una linterna y eso ayudaba algo. Pero después de quince minutos de marcha, llegamos a un lago subterráneo. Nos quitamos los zapatos y seguimos hacia adelante. Después de un tiempo, el barro nos llegaba hasta la cintura y el agua la teníamos por la barbilla, y para colmo, el techo de la cueva estaba a unos centímetros de nuestras cabezas. Al pensar en ello, no puedo más que asombrarme ante el hecho de que no nos ahogáramos en esa cueva. Después de lo que parecieron ser horas, pudimos vislumbrar un ápice de luz al final de la cueva. Al salir a la luz, nos

No puedo más que asombrarme ante el hecho de que no nos ahogáramos...

dimos cuenta que habíamos traspasado la montaña y estábamos del otro lado. Estábamos exhaustos y llenos de barro desde la cabeza hasta los pies.

Para llegar a hacer algo tan peligroso, estaba claro que no estábamos en nuestro sano juicio.

Pero como si eso no hubiese sido una locura suficiente, dimos la vuelta, ¡y regresamos a la cueva para repetir todo en la otra dirección!

Hubo otra situación de la que normalmente habría sido no salir con vida. Todo sucedió en un lugar en las montañas del sur de California llamado "Big Bear Lake." Me encontraba allí con un montón de amigos y, como siempre, llevábamos cajas de cerveza y estupefacientes en gran cantidades.

La primera noche bebí una docena de cervezas y fumé hachís. Luego, en mi gran sabiduría, decidí salir de paseo caminando sobre el hielo del lago helado. Otros dos amigos me vieron y se apuntaron a la caminata. Juntos llegamos a la mitad del lago donde el hielo terminada, y allí nos encontrábamos todos sonriendo como locos el uno al otro. De repente, uno de los tipos ¡empezó a brincar sobre el hielo!

En pocos momentos, el hielo se partió y él cayó al agua, seguido de mí y de mi otro amigo. Con desesperación, tratábamos de salir de esa agua que nos helaba, pero cada vez que lo intentábamos, el hielo se rompía y nos sumergíamos de nuevo. Vez tras vez lo intentamos con el mismo resultado.

A estas alturas, ya habíamos entrado en un estado de pánico, pero, no importa lo que hacíamos, siempre caíamos al agua. De repente, y ni me acuerdo como fue, los tres estábamos acostados ¡encima del hielo!

De repente, y ni me acuerdo como fue, los tres estábamos acostados ¡encima del hielo!

Al darnos cuenta de ello, nos soltamos a reír y regresamos a la cabaña para secarnos y beber más cerveza. Cuando lo pienso retrospectivamente, creo que fueron unos ángeles los que nos sacaron, seguramente en respuesta de

alguien que estuviera orando por nosotros. Dios, en Su gran gracia, nos rescató y nos salvó la vida.

Vez tras vez llegaba al límite y se hacía cada vez más patente que mi vida estaba totalmente fuera de control. De forma regular, tomaba y mezclaba varios tipos de drogas intentando de alguna manera matar el dolor que me producía el vacío que albergaba en mi interior.

Una vez, cuando tenía unos dieciocho años, comencé la noche tomando LSD. Sin embargo, no me fue suficiente, así que fui a mi habitación y fumé hachís. Regresé al salón para mirar la tele, pero como no quedé satisfecho, tomé más ácido y me metí otra vez a mi cuarto para fumar más hachís. En un lapso de media hora, tuve que darle otra vez a la pipa de hachís. Ese corto viaje lo hice por lo menos diez veces esa noche.

En un momento dado, me levanté para ir al baño. Estaba mirándome en el espejo, cuando de repente todo el baño hizo, "zoooooomm"...y me pareció encogerse, llevándome consigo hasta estar todo en miniatura. De inmediato, supe que estaba en problemas y en ese instante empecé a perder el control.

Yo no sé si usted podrá entender esto, o si ya lo haya experimentado, pero yo había perdido por completo el control de mis emociones y de mis pensamientos. Empecé a oír voces y salí corriendo a mi habitación, sólo para entrar en ella y verme sumergido en llamas, o por lo menos yo creía que todo estaba ardiendo. Las voces se hacían más fuertes, y luego se convirtieron en gritos. Yo estaba convencido que me encontraba en el infierno.

Yo estaba convencido que me encontraba en el infierno.

En ese momento, una voz me susurraba al oído, "Te van a meter en un manicomio, en una camisa de fuerza, y nunca vas a salir." Yo estaba aterrorizado, total y absolutamente aterrorizado. De hecho, llegué a estar tan mal y tan fuera de control, que agarré un cuchillo de la cocina, listo para acabar con mi vida y estuve cerca de suicidarme.

Esa noche, yo creo que experimenté lo que una persona pueda sufrir en el infierno, aunque en ese caso sería para siempre. La Biblia dice que cuando una persona queda separada de Dios eternamente, pierde su alma. Ya no tiene control sobre ella, y eso fue exactamente lo que yo experimenté esa noche, puro terror y tormento absoluto.

Sabía que me encontraba en grave peligro y tenía que salir de la casa, así que me fui a dar un paseo. La próxima cosa de la cual me acuerdo, es que estaba en el jardín de unos amigos a unas manzanas de mi casa. Al levantarme del césped, mi boca y mis manos estaban llenas de hierba. No sé por cuanto tiempo había estado comiendo esa hierba como si fuera una vaca. Cuando eso te sucede, sabes a ciencia cierta que ¡no estás del todo bien!

Esa noche juré que jamás tomaría LSD de nuevo. Nunca. No veía inconveniente en seguir tomando otras drogas, pero LSD, jamás.

MI VIDA FAMILIAR

A estas alturas, seguramente se estará preguntando en qué tipo de hogar me crié, y qué es lo que sucedía en mi casa mientras que yo me metía en las drogas y el alcohol.

Para ser perfectamente honesto, yo viví en un hogar totalmente normal. Mis padres eran buena gente y proveyeron para sus hijos. No los puedo culpar en lo más mínimo. Aunque no conocían a Dios, dentro de lo que sabían, eran unos buenos padres.

Lo que sí puedo decir es que hubo corazones quebrantados en mi casa a raíz de mis acciones y de mis elecciones. Mis padres recibían llamadas del colegio contándoles lo que estaba haciendo y las cosas en las que me estaba metiendo. Muchas fueron las noches en que mi madre se durmió llorando. Siendo

adolescente, hubo épocas en que yo no regresaba a casa por varios días seguidos. Mis padres no tenían ni idea de dónde podría estar o siquiera si estaba vivo o muerto. Cuando decidía regresar a casa, normalmente no lo hacía hasta las dos o las tres de la madrugada. Luego me quedaba dormido hasta las dos de la tarde. Al despertar, reanudaba con la bebida y las fiestas.

Recuerdo noches en las que, al llegar a casa, encontraba a mi madre llorando, y era aparente que había estado llorando por mucho tiempo. Creo que eso fue lo que más quebrantó el corazón de mi padre, el ver lo que mi estilo de vida estaba haciendo a mi madre.

MI EDUCACION RELIGIOSA

A mí me criaron en la Iglesia Católica. Yo, mi hermana y mi madre asistíamos de forma regular a la iglesia, aunque mi padre nunca nos acompañaba.

Los cultos se celebraban en latín, y a no ser que hablaras latín, te era muy difícil sacar algo de provecho de la misa. En todo ese tiempo en que asistí a la iglesia, nunca escuché el evangelio. Nunca había escuchado que yo podía conocer a Jesucristo y que Él podría cambiar mi vida.

Al llegar a los catorce años de edad, dejé de ir a la iglesia católica, y eventualmente tanto mi madre como mi hermana también dejaron de ir. Y ese fue el comienzo de una época de búsqueda espiritual por parte de mi familia entera. Mi madre se involucró tanto en la astrología y la metafísica llegando a estar tan bien versada en estos temas, que la

gente venía de todo el sur de California para que les hiciese sus tablas astrológicas.

Mis padres empezaron a asistir a la iglesia metafísica, y yo empecé a leer el Bagavagita y a asistir al templo hindú en Los Ángeles.

Mi deseo de encontrar la verdad se hizo bastante intenso, y eso me llevó a buscar en una religión, luego en otra, y en otra. En medio de todo esto, empecé a asistir a reuniones de médiums donde supuestamente una persona quedaba poseída por el espíritu de algún gran maestro antiguo. El espíritu de ese maestro entraba en ellos y compartía su gran conocimiento y sabiduría a través de su boca. Al pensarlo bien ahora, no me queda duda de que esa gente estaba poseída por demonios.

Mi deseo de encontrar la verdad se hizo bastante intenso.

Eso, junto con todas las otras cosas que exploré, llegó a convertirse en un callejón sin salida.

ESTANDO DE FUGA

La situación llegó a ser tan alarmante que sabía que me tenía que ir del sur de California. Estaba convencido que si me quedaba cerca de casa, acabaría matándome. No podía seguir viviendo de esa forma y esperar seguir con vida.

Por consiguiente, decidí viajar durante un año. Primero fui a Utah, donde pasé un tiempo, y después a Arizona. Me buscaba un trabajo para conseguir el dinero suficiente como para seguir mi estilo de vida de parrandas y fiestas.

Pero finalmente, fui a hablar con mi padre y le dije, “Papa, voy a intentar ir a la universidad, ¿me puedes ayudar? Necesito hacer algo con mi vida pero no puedo hacerlo sin salir de California.” Quería emprender una vida nueva y lo estaba intentando de corazón.

Me matriculé en una universidad en el

estado de Oregón. Al llegar allí, me dije a mi mismo, "hombre, ya vas a dejar esto de las drogas." Pero me llevé un alijo por si acaso.

El primer día de clases, estaba caminando en el campus cuando me topé con un viejo amigo que había conocido en California. Resultaba ser traficante de drogas y de inmediato me dijo, "Hola Bayless, ¿quieres drogarte?" Y claro, yo pensé que era una idea genial, así que los dos fuimos a drogarnos.

Mi resolución de empezar una vida nueva se esfumó rápidamente. Mi uso de drogas se intensificó, como también el del alcohol. Yo pasaba de cuatro a cinco días a la semana totalmente ebrio, y esto siguió así por años. No era nada fuera de lo común que empezara el día con una botella de tequila, sólo para terminarla al empezar la tarde.

Y durante todo este tiempo seguía mi búsqueda.

Los nuevos amigos que me hice en la universidad no eran del tipo que yo necesitaba a esas alturas en mi vida y casi fue de inmediato que me encontré, otra vez, en el laberinto de la drogadicción del cual quería escapar.

Y durante todo este tiempo seguía mi búsqueda.

¿Recuerdan cuando me flipé esa noche al tomar ácido, y juré que no lo volvería a hacer jamás? Pues exactamente un año después, volví a tomar LSD. Era un tipo de LSD que llamábamos, "vidrio", y era el mismo tipo que había usado un año anterior.

Sin embargo, esta vez tomé una dosis doble a la que me había tomado el año anterior cuando tuve esa experiencia tan horrible. Nos quedamos despiertos toda la noche, o sea que no nos acostamos. De hecho, recuerdo que al día siguiente estaba sentado en la parte trasera de mi camioneta, mirando una montaña muy grande del otro lado del valle. Estuve sentado allí por un buen rato, observando una gran manada de búfalos que corría por la montaña. El único problema era que no había ningún búfalo sobre ese monte. ¡Pero

disfruté mirándolos de todos modos!

A pesar de este incremento en mi drogodependencia, en lo más profundo de mi corazón yo estaba buscando y deseando la verdad, pero me encontraba totalmente frustrado. Al reflexionar sobre ese tiempo, me doy cuenta que Dios me ha enseñado una lección en particular: nunca debemos juzgar a las personas en base a sus acciones, ya que no sabemos lo que realmente puede estar sucediendo en sus corazones. Quizá en medio de todo lo que hacen, estén clamando a Dios.

Aprendí que nunca debemos juzgar a las personas en base a sus acciones, ya que no sabemos lo que realmente puede estar sucediendo en sus corazones.

Mi uso de drogas orgánicas, y mi búsqueda de la verdad siguió intensificándose. Durante todo mi primer año en la universidad, mi vida consistía únicamente en tomar drogas, vivir en un estado de alucinación, pasar tiempo con mis amigos, ligarme a las chicas, beber, y tomar clases de cosas como el misticismo oriental o las religiones de los indios americanos.

Al mismo tiempo que todo esto estaba pasando, empecé a asociarme con personas que practicaban la brujería. Conocí a un hombre en particular al cual todos le tenían miedo ya que continuamente estaba haciendo encantaciones, echando conjuros a la gente y así manipulándolas y controlándolas. Él y yo nos hicimos buenos amigos.

En mi búsqueda de la verdad, llegué a pensar que esto podría ser mi respuesta, pero cada vez que se hacía novio este tipo, al poco tiempo la novia se cortaba las muñecas en un intento de suicidio. Esos mismos espíritus que operaban en la vida de este hombre, afectaban a todos los que se encontraban a su alrededor. No tardé mucho tiempo en darme cuenta que lo que él tenía, yo no lo quería.

Aún así, me veía cada vez más atraído por este tipo de personas, y no sólo

aumentaba la oscuridad cada día más, sino que las cosas iban de mal en peor.

Lo increíble en todo esto era que muchos pensaban que yo llevaba una vida normal. Estas personas acudían a mí continuamente para que les diese respuestas. Ellos pensaban lo siguiente:

"Pues el está muy entendido en todo lo que tiene que ver con la naturaleza, y parece entender muchas cosas. Seguramente está en onda con alguna verdad espiritual importante." Ahora me es difícil creerlo, pero la gente me buscaba para aconsejarla sin saber que todo el tiempo yo estaba super vació y que por dentro me sentía como un miserable.

PENSANDO EN JESÚS

Después de pasar una noche bebiendo mucho y consumiendo mucha droga, me desperté por la mañana con una depresión horrible. Estaba tan deprimido que decidí darme una vuelta por el parque que quedaba cerca de donde estaba viviendo. No podía dejar de pensar en Jesús en todo el paseo. Se parecía a un disco rallado que seguía tocando lo mismo vez tras vez.

Intenté por todos los medios pensar en otra cosa, pero mi mente regresaba cada vez al nombre de Jesús. Hay que tener en cuenta que yo en esa época de mi vida no tenía la más mínima idea de quien era Jesús. Yo pensaba que era una especie de místico oriental o alguien que había estudiado el misticismo en las pirámides de Egipto. ¡En serio! Alguien me había dicho que Jesús estudió en las pirámides, y yo le había creído.

Llegué a pensar que yo mismo era la reencarnación de Jesucristo, o de Judas, o de alguien entre los dos. Pero no importaba lo que hacía o intentaba hacer: no podía dejar de pensar en Jesús. Así que llegué a un punto en el sendero, me paré y dije en voz alta, "está bien, sólo pensaré en Jesús."

No importaba lo que hacía, no podía dejar de pensar en Jesús.

Continué caminando y acabé en un lugar del parque que tenía juegos para niños. Me parecía como si hubiera centenares de niños corriendo por todos sitios.

En esto, un niño caminó frente a mí con las manos en los bolsillos. Él ni siquiera me miró, pero me imagino que tenía unos once o doce años, y tenía la pinta de ser un indio americano, o quizá un mexicano. Hubo algo en ese chico que me impactó, pero no sabía qué podría ser. Lo que sí pude apreciar era que lo que albergaba ese niño por dentro, era algo saludable y bueno, y era algo que yo no tenía en mi vida.

Me fijé en el muchacho conforme caminaba y literalmente me puse de puntillas para seguirlo mirando hasta que desapareció al otro lado del parque. Pensé, "¿Qué será lo que tiene? ¿Qué tendrá ese muchachito que yo no tengo?" Sacudí la cabeza y regresé a mis pensamientos de Jesús.

Seguí caminando por el sendero otro medio kilómetro, y baje por una pendiente hasta la ribera de un arroyo donde nadie me podía ver, y allí encontré un lugar a solas al lado del arroyo. Me senté sobre una roca y empecé a tirar palillos al agua conforme seguía pensando en Jesús. Pasaron unos diez minutos, y escuché un ruido. Cuando levanté la mirada, pude ver a ese mismo niño que había visto antes, deslizándose por la pendiente de la otra ribera. Llegó hasta bajo y se sentó en una roca en frente de mi, al otro lado del arroyo, a una distancia de aproximadamente tres metros.

Me miró y me dijo, "Hola." Sin embargo, yo no le contesté. Ahora, tome

un momento e imagínese el cuadro. Allí estaba yo, con mi pelo colgando por la espalda, una larga barba roja, vestido de pantalones andrajosos, con mis calzoncillos saliendo por los agujeros, y una camisa con agujeros en los dos codos. Así vestía yo a diario en esos días. Y enfrente de mí, un niño de doce años intentando entrar en conversación conmigo, mientras que yo sólo podía pensar en Jesús.

Después de haberme saludado, me miro, tomó un palito del suelo y lo tiró al agua, cerca de donde estaba yo sentado. Era como si hubiese una comunicación entre nosotros, pero sin palabras. Después de un rato, el niño rompió el silencio con una pregunta que casi me causa un infarto en el momento. El me preguntó en voz callada, "¿Conoces a Jesús?"

Cuando me dijo eso, ¡casi me caigo de la roca en la que estaba sentado! Lo primero que me vino a la mente era que este niño seguramente pensaba que yo era Jesús. Eso es lo que realmente pensé. Yo le invité a que cruzara el arroyo y se sentara en mi roca conmigo, y él lo hizo. Las primeras palabras que salieron de su boca fueron, "¿Acaso no es Él maravilloso?"

Durante los próximos veinte minutos, este niño de doce años no hizo más que hablar de Jesucristo. La forma en que hablaba, me dejó atónito, porque parecía que él y Jesús eran amigos íntimos. Nunca en mi vida había escuchado a alguien hablar de esa manera. De hecho, yo sentía como si estuviese a los pies de un anciano lleno de sabiduría que conocía tanto, mientras que yo conocía tan poco.

Después de un buen rato, el me dijo, "ven conmigo, quiero que conozcas a mi madre."

Nos pusimos de pie, y yo le seguí por el parque. Llegamos a un sitio donde había dos niñas jugando sobre el césped y una mujer que estaba dormida a su lado. Al acercarnos, ella despertó con una mirada un poco extraña. Todavía recuerdo las marcas que la hierba había dejado sobre su mejilla. Su hijo estaba de pie delante de ella, con una gran sonrisa como queriendo decir: "¡Mira mamá, lo que he encontrado!"

refiriéndose a mí, por supuesto.

Me dio la impresión de ser una mujer muy amable, y hablé con ella por un rato. Finalmente, ella me dijo, "Bay—mi apodo por aquel entonces—quiero que vengas a nuestra casa para cenar." Yo le contesté, "Señora, ni la conozco, así que no gracias."

Pero ella respondió, "En serio, yo quiero que vengas a casa para cenar con nosotros."

Sin embargo, yo rehusé y empecé a caminar, dejándolos allí. Cuando me iba, ella me dijo su dirección, pero yo seguí caminando, pensando todo el tiempo qué día tan extraño y qué personas tan extrañas.

Pasaron unas dos semanas, cuando de repente me entró un deseo incontrolable de visitar a esa gente y de encontrar su casa. Ni sé de donde vino ese sentimiento, sólo sé que era un deseo abrumante. Me acordé de la dirección y salí en mi camioneta para encontrar la calle. La encontré sin problemas y aparqué mi camioneta para seguir a pie y encontrar la casa. De repente escuché que alguien

me llamaba desde el segundo piso de una casa, "¡Ey Bay, Bay! ¡Aquí estamos!" Miré hacia arriba, y no podía creer que ella ya me había visto.

Al entrar en la casa, me di cuenta que ya tenían la cena preparada, y me habían puesto un cubierto en la mesa. Mi respuesta era, "¿Ya sabían que vendría?" Ella respondió, "Pues sí, el Señor nos avisó que vendrías, así que te hemos estado esperando." Yo le contesté, "¿Quien le dijo que vendría?". Ella dijo, "Jesús nos dijo que ibas a venir esta noche, así que preparé la cena, y llevamos ya más de media hora esperándote. Sabíamos que ibas a venir."

Antes, yo tenía la costumbre de acercarme a la cara de la persona con la cual estaba hablando. Quería verle el blanco de los ojos e invadía su área de confort porque estaba en busca de la verdad y me había dado cuenta de lo mucho que se aprende al mirar en los ojos de una persona.

Así que me puse justo en frente de ella, cara a cara y le pregunté, "¿Quién te dijo

que yo venía?" Y ella, sin quitar la mira de mis ojos, me dijo, "Jesús me lo dijo."

Me senté a cenar y pasé toda la tarde escuchando a esta señora cristiana que se llamaba Ramona, y a sus hijos hablándome de Jesús. La primera vez que yo había escuchado el Evangelio fue aquel día en el parque, y esta era la segunda vez.

Después de pasar toda la tarde con ellos escuchando su mensaje, todavía no estaba convencido que se tratara de la verdad que yo buscaba, pero les dije que lo pensaría y eso es lo que hice. Mientras tanto, continué tomando drogas y bebiendo todo el tiempo, y mi vida seguía fuera de control.

De hecho, sucedió un incidente unas semanas después de la cena en casa de Ramona, que fue escalofriante. Yo me encontraba en casa de unos amigos, cuando de repente llegó una chica conocida. Ella había estado en las montañas de Oregón buscando hongos, y nos trajo un montón de "hongos mágicos." Esos hongos eran extremadamente alucinógenos y yo los

conocía bien ya que los había estado tomando por años. Mi experiencia me había enseñado cuánto podía uno tomar para quedar bien colocado, y esta chica me dio un sobre con suficientes hongos como para diez personas. Pero siendo fiel a mi carácter, me los comí todos.

Seguí en casa de mis amigos, pero de repente las cosas se pusieron muy raras, y el efecto de los hongos me pegó como un maremoto. Sabía que tenía que salir de allí corriendo.

Mis amigos pudieron notar que algo no marchaba bien, y querían saber adónde iba a ir. Yo sólo les dije que me tenía que ir.

Yo me decía a mí mismo que si podía llegar al parque y sentarme un rato, las cosas se calmarían y me pondría bien. Sin embargo, no fue así. Al llegar al parque, seguía alucinando y las cosas fueron de mal en peor. Tan mal se puso todo, que intenté cerrar los ojos buscando alivio, pero eso sólo aumentó las alucinaciones y me causó más espanto.

No importaba lo que hacía, nada

mejoraba. Fue uno de esos momentos en mi vida cuando perdí el control totalmente. Yo era en esencia la imagen triste de un ser humano.

Seguí caminando por la calle, seguramente dando un espectáculo de tristeza, atemorizado por lo que veía con los ojos abiertos, y atemorizado por lo que veía con los ojos cerrados. Decidí intentar caminar por la calle mirando de soslayo, sin abrir ni cerrar los ojos. ¡Qué estado más horrible!

A partir de esa noche, las cosas progresivamente fueron en declive. No visité a Ramona ni a sus hijos, y empecé a juntarme mucho con un amigo que había nacido en la ciudad de México. Nos habíamos hecho muy amigos estando en la universidad.

Eventualmente, decidí ir a México con él, y nos quedamos con su familia en su casa.

Al llegar a la ciudad de México, me quedé atónito al ver la riqueza de aquella familia. Su casa era un piso entero de un bloque muy grande de departamentos.

Realmente era increíble, ya que nunca había vivido en tal opulencia. El círculo en el que se movía mi amigo, eran todos miembros de familias de la elite de la ciudad de México, y por consiguiente, me encontré en la compañía de muchos jóvenes ricos. En particular, me acuerdo de una fiesta a la cual fui y que tuvo lugar en lo que era una verdadera mansión. Al caminar por el largo pasillo, podía ver habitaciones gigantescas. Algunas tenían espacio para centenares de personas sentadas en mesas lustrosamente decoradas, y otras eran para invitados, aunque la mayor parte de estas habitaciones raramente se usaban. El pasillo desembocaba en una gran habitación con cúpula, de cuyo techo colgaban grandes arañas de luz, y que tenía sofás, mesas de billar y una piscina gigantesca que estaba semi- rodeada de pajareras empotradas en las paredes. Jamás había visto algo semejante.

El tiempo que pasé en México, fue para mí un tiempo de extremos. Por un

lado, había un montón de chicas, y no faltaba el dinero. Por otro lado, íbamos a las montañas buscando pobres pueblitos indios donde comprábamos hongos y drogas orgánicas de los indígenas.

Estos extremos para mí eran cosa de sueños, ya que un momento me encontraba liado con cuantas chicas quería y con gente adinerada, y en otro momento compraba drogas orgánicas y me metía en esa dimensión espiritual que buscaba en la naturaleza.

Había un pueblo en particular al cual íbamos que se llama San Pedro. En este pueblo, hay una iglesia pequeña, que en realidad era una iglesia de hongos. Con eso quiero decir que llegaban personas y se sentaban en la iglesia para tomar hongos, encender velas y recibir visiones. Un día, salimos del pueblo con la hija del alcalde (le estábamos comprando drogas a su esposo), a una choza de unos 6 metros cuadrados. Un a vez allí, se unió a nosotros el alcalde y empezamos todos a beber una bebida alcohólica llamada pulque. Por supuesto, también compramos hongos.

Al día siguiente, esa choza estaba llena de personas, que cuando me vieron, dijeron, "Tú has estado aquí antes." Nunca se me olvidará. "Tú has estado aquí antes." Era como "¡woo-oooo!!!!" Me dijeron todos que mi espíritu había viajado allí antes, y yo, desde luego me lo estaba creyendo. Ya sabemos que el diablo te llenará de orgullo mientras sigas creyendo sus mentiras.

Para mí era como un sueño hecho realidad, el poder juntarme con toda esta gente super rica, el beber licor caro, el fumar la mejor marihuana que México podía producir, y luego salir a las montañas y drogarme y asociarme con los indígenas de aquella zona.

Ya sabemos que el diablo te llenará de orgullo mientras sigas creyendo sus mentiras.

Pero durante todo este tiempo, seguía vació por dentro y totalmente miserable. Al mismo tiempo, estaba siendo atacado en mi mente por estas fuerzas espirituales. Yo aprendí a fuerza de

golpes que cuando tomas drogas como yo lo hacía, te abres al mundo espiritual, y créame, es algo muy real. Yo estaba experimentando cosas que no me gustaban en absoluto, y todo llegó a un punto donde no sólo no me estaba divirtiendo, sino que mi amigo estaba deseando que me fuera.

Me acuerdo todavía como cada noche me sentaba en el suelo de ese departamento en la parte alta de ese edificio, con las cortinas abiertas, pasando horas mirando las luces de la ciudad de México. Todas las noches me sentaba allí sólo, bebiendo una botella de vino, y preguntándome: "Tiene que haber más en la vida que solamente esto. ¿Cuál es la respuesta?" Después me enteré que Ramona y sus hijos estaban orando por mí cada noche durante ese tiempo, y aunque no sabían donde me encontraba, oraron fielmente por mi salvación.

Aunque no sabían donde me encontraba, oraron fielmente por mi salvación.

Una noche, sentado allí mirando las luces, me vino de repente el pensamiento, "Necesito salir de este lugar." Al día siguiente le dije a mi amigo que me volvía a Oregón.

En pocas horas, ya había empacado mi pequeña camioneta y había empezado el largo viaje de retorno a Oregón. En ese viaje, tomé un descanso de seis horas, y paré otro par de veces, pero estaba resuelto regresar lo más pronto posible. No me detuve ni para comer, aunque eso sí, bebí cerveza durante todo el viaje.

Al llegar, necesitaba encontrar a Ramona y a su familia lo más pronto posible. Me enteré que habían ido a una pequeña iglesia pentecostal, así que me fui conduciendo de inmediato para llegar allí. Al entrar por la puerta de atrás, el niño de doce años que se llamaba Guy, me vio, vino corriendo, y ¡me dio un fuerte abrazo!

Desde esa noche en adelante, empecé a pasar más tiempo con ellos, y empecé a aprender de Jesús a través de ellos. Llevaba años en mi búsqueda de la verdad y había visitado muchos templos de

diferentes religiones: mormones, hindúes, iglesias metafísicas, y hasta yoga. Había estado buscando la verdad por medio del uso de las drogas, intentando salir de mi cuerpo para poder experimentar una espiritualidad verdadera.

Había hecho todo lo que me venía a la mente, pero lo último en mi lista era Jesús y el Cristianismo. Yo pensaba que todo eso era para los débiles, y aunque estaba buscando la verdad por todos los medios posibles, lo último que me interesaba era Jesús y sus enseñanzas.

Pero, al contrastar las cosas que estaba escuchando de Ramona y su familia con todas las cosas espirituales que había investigado, se me hizo muy claro que Jesús ciertamente era quien afirmaba ser. Llegué a estar tan convencido que le empecé a decir a mis amigos: "Saben, yo creo que Jesús es real. Yo creo que el Evangelio y todo lo que me están diciendo acerca de Jesús es la verdad. Creo que Él es el Hijo de Dios. Así lo creo."

Las personas que yo pensaba ser amigos míos, de repente me empezaron a perseguir. Me dijeron, "Pero hombre: ¿Cómo puedes decir esas cosas? ¿Y qué de los pigmeos en el África? ¿Acaso ellos se van a ir al infierno? ¿Y ahora nos estás diciendo que todos los Hari Krishna también se van a ir al infierno? ¿Acaso crees que tu pequeño Jesús es la verdad?"

Pero al día siguiente algo sorprendente sucedió: Dios me habló.

Yo no podía responderles porque no tenía las respuestas, pero sabía que algo estaba sucediendo en mi corazón. La verdad es que fue un tiempo muy tumultuoso para mí.

Una noche, me estaba quedando en casa de unos amigos, y decidí salir afuera. Hacía frió esa noche. El cielo estaba totalmente despejado, y me monté encima de mi camioneta para acostarme sobre el capó. Allí de espaldas, empecé a hablar con Dios.

Después de un rato, le empecé a gritar, "Dios, si Jesús realmente es Tu Hijo, si esto es verdad, tienes que mostrármelo; y si es verdad, ¿Entonces qué de esto?"...

y le dije algo sobre los pigmeos o algo parecido. Luego dije, "Y si es verdad, entonces, ¿Qué pasa con esto? Y ¿Qué de aquello?" Pero era como si los cielos estuviesen hechos de bronce, porque el silencio era intenso. Empecé a llorar y dije, "olvídalo," y regresé a la casa para dormirme.

Sin embargo, al día siguiente algo sorprendente sucedió: Dios me habló. No sé como fue, sólo estaba convencido que así fue. El dijo: "Quiero que vayas a casa de Ramona."

Así que me subí a mi camioneta y salí rumbo a su casa. Al llegar allí, estaban empacando todo y alistándose para irse. Viéndoles a punto de irse, dudé lo que había escuchado y pensé, "¡Hombre claro, como si realmente fuera Dios el que me dijo que tenía que venir aquí!"

Pero cuando les pregunté a donde iban, ellos respondieron, "pues vamos a una misión que está en Medford para compartir el Evangelio con personas de la calle, con drogadictos y alcohólicos." Y otra vez me habló Dios y me dijo en una

voz tan clara como cualquiera otra que haya oído en la vida: "Quiero que vayas con ellos."

Por segunda vez en mi vida escuché la voz de Dios, pero me puse a discutir con Él.

Yo decía para mis adentros: "No quiero ir, pero hagamos un trato. Si ellos me invitan, entonces iré." Tan pronto me entró ese pensamiento a la mente, Ramona dio la vuelta y dijo, "Bay, ven con nosotros." Y yo contesté: "Está bien, iré."

Al llegar a la misión, pasé adelante y me senté en la primera fila con toda la gente de la calle. Mi pinta era un poco extraña, ya que llevaba una sudadera, pantalones super ajustados de color naranja con franjas amarillas, y calzaba un par de botas. Al sentarme en la primera fila, lo hice con una actitud que decía: "Está bien Dios, bendíceme si puedes."

Empezaron la reunión con algo que yo nunca había escuchado, llamado testimonios.

La primera persona que pasó fue una señora. Ella repitió la primera

pregunta que yo le había hecho a Dios la noche anterior, y luego dio la respuesta sacándola de la Sagrada Escritura. Después de ella, se puso de pie un hombre y citó casi palabra por palabra la segunda pregunta que le había gritado a Dios desde lo alto de mi camioneta, y luego compartió la respuesta usando pasajes de la Sagrada Escritura.

Tres o cuatro personas se pusieron de pie después de eso, cada una citando una de las preguntas que yo le había gritado a Dios la noche anterior. Me estaba dando cuenta que Dios había hecho todo con un propósito. De repente, empecé a llorar y a sollozar sentado allí en la primera fila, y pensé: "¡Dios mío, esto es real!", y seguí llorando incontrolablemente por una media hora sin poder parar. En ese momento me di cuenta que el Dios de los cielos estaba interesado en mí, y Él había planeado toda esa reunión sólo para mí.

Cada una citando una de la preguntas que yo le había gritado a Dios la noche anterior.

Esa misma noche, entregué mi vida a Jesucristo, y desde esa noche no he vuelto a tomar ni una sola droga. Fui liberado por el poder de Dios en ese mismo instante.

Ahora, debo admitir que seguí bebiendo por unas dos semanas más. Sin embargo, con el tiempo perdí el interés y el deseo por el alcohol. Fue de la siguiente manera: Estaba sentado al costado del Cheshire Cat, una pequeña tienda que vendía vinos y cervezas de importación. Había comprado un paquete de seis cervezas alemanas y tenía toda la intención de bebérmelas todas. Al empezar a beber la segunda cerveza, de repente dije, "Yo ya no necesito esto." Lo vertí en la calle junto con las cuatro que quedaban, y luego me fui a casa y derramé todo el alcohol por el inodoro. A partir de ese momento, quedé libre del poder del alcohol.

Después de haber sido un alcohólico durante tantos años, y después de sufrir con la drogadicción durante mi adolescencia y mis primeros años de juventud, Dios me había liberado milagrosamente.

LA RESTAURACIÓN DE LA FAMILIA

El llegar a tener una fe en Jesucristo cambió mi vida de varias formas. En Jesucristo, yo encontré la respuesta que tanto había estado buscando, pero a la misma vez, me trajo mucha persecución. Perdí la mitad de mis amigos, mientras que la otra mitad de ellos se entregaron al Señor, porque no iba a comprometer mi nueva fe ni por nada, ni para nadie.

En Jesucristo, yo encontré la respuesta que tanto había estado buscando.

Dejé bastante claro a mis amigos que yo iba a seguir con Jesús. No me importaba de quien me tendría que separar, ni con qué tipo de persona me iban a identificar. Dado que yo había pasado mi vida buscando esto, no me iba a avergonzar de ello ahora.

Al menos la mitad de mis mejores amigos se distanciaron de mí. Todavía recuerdo el estar caminando por la calle,

cuando vi a un amigo que venía de frente. Al verme, hizo como que no me había visto y cruzó la calle a la otra acera. Mi novia también me dejó a causa de mi fe. Yo le había invitado a que fuera a la iglesia conmigo y ella me dio un ultimátum diciéndome: "Mira, o te quedas conmigo, o te vas con tu 'Jesusito'." Así que tuve decirle: "Hasta luego, cariño." Yo no iba a dejar de seguir a Jesús por nadie.

Cuando vine a Jesús, llevaba ya un tiempo viviendo en una habitación en la parte de arriba de un bar. Una de mis antiguas amigas con la cual iba de parranda, me había alquilado esa habitación. Pero al entregarme a Jesús, ella me echó y me dijo, "No te puedes quedar aquí mientras sigas en este fanatismo religioso". Y así fue que me encontré en la calle. No obstante, Dios cuidó de mí.

No había visto a mi familia en cuatro años. Les había hecho tanto daño, lastimando su corazón y destrozando cualquier relación entre nosotros. Las cosas no estaban para nada bien entre nosotros. Lo que no sabía era que mi madre se había

entregado al Señor un poco de tiempo después de que yo me convirtiera a Cristo, y Dios quería arreglar las cosas entre nosotros.

Una noche, yo estaba asistiendo a una reunión de los Hombres de Negocio del Evangelio Completo, cuando se me acercó una pareja de ancianos que yo conocía, Fred y Eva.

Eva había conocido al Señor desde niña, había caminado con el Señor por más de 60 años, y yo la respetaba por ello. Cuando me acerqué a Eva para saludarla, ella de repente me tomó de la mano y me empezó a profetizar. Ella no conocía nada sobre mi situación familiar, pero me dijo, "las cosas entre tú y tu familia no están bien. Debes regresar a tu casa. Dios quiere que regreses a casa. ¡Tienes que regresar a casa!"

La presencia de Dios cayó del cielo sobre mí y empecé a temblar como una hoja en el viento. Unos días después, vendí una de mis guitarras para poder comprar gasolina para el viaje. En aquel día, estaba conduciendo un microbús del 63, indudablemente un vehículo típico para un

hippie. Antes de salir, llamé a mi madre por teléfono. Yo no tenía la más mínima idea si ella quería verme o no, o si quería que regresara a casa o no, pero marqué el número, temblando. Ella contestó y yo le dije: "¡Hola mamá, soy yo" y luego le pregunté si podía regresar a casa. Ella empezó a llorar, ya que Dios también le había hablado a ella.

Más tarde, me enteré que esa misma tarde cuando Eva me estaba profetizando, mi madre había estado en otra reunión escuchando a un joven predicador. En medio de su mensaje, él se detuvo y dijo: "Hay una madre aquí. No has visto a tu hijo en cuatro años. El ha estado involucrado en las drogas y el alcohol, y luego se metió en cosas peores, pero su vida ha sido transformada. Dios quiere avisarle que se lo está enviando a casa, y en el espíritu, ya es un hecho."

Mi madre se acercó a la mujer que estaba sentada a su lado y le dijo, "Ese es mi hijo, ¡Está hablando de mi hijo!" Al llegar a casa, ella le dijo a mi padre lo acontecido y su respuesta dudosa fue, "Eso sería un milagro." ¡Pero eso es exactamente lo que Dios hizo!

Unos días después, llegué a casa en mi microbús del 63, y Dios restauró a mi familia.

Hoy en día, mis padres son miembros de mi iglesia, y mi hermana y su esposo sirven con nosotros en el ministerio.

UNA AYUDA PARA LOS CORAZONES HAMBRIENTOS

Yo puedo afirmar que Dios ha sido bueno para conmigo. El contestó el llanto de mi corazón hambriento, y creo sinceramente que Dios moverá los cielos y la tierra para llegar a sólo una persona que tiene un deseo de conocer la verdad. Existe mucha gente que dice querer conocer la verdad, pero en realidad no quieren. Sin embargo, si usted es una persona cuyo corazón anhela conocer la verdad, no creo que sea una coincidencia que esté leyendo este libro. Usted lo ha leído por designio, el designio de Dios. Mi vida es un testimonio de la verdad que Dios es un Dios que obra milagros. El puede salvarle, y lo hará.

Mi vida es un testimonio de la verdad que Dios es un Dios que obra milagros. El puede salvarle, y lo hará.

Puede que usted se encuentre esclavo de la drogas como lo fui yo, o esclavo

del alcohol como yo era; o puede que esté profundamente involucrado en pecados sexuales. A lo mejor usted es un marido que está engañando a su esposa con otra mujer, o una esposa que le está poniendo los cuernos a su marido. O quizá usted sea un ciudadano respetado por su comunidad, exitoso y con buena educación, pero por dentro, está en quiebra. Sin embargo existe un deseo profundo en su corazón de saber el por qué de su existencia y lo que le espera en el porvenir.

La Biblia nos dice: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en Él crea, no se pierda, más tenga vida eterna." (Juan 3:16)

La verdad es que hay personas igual a usted y a mí, que se han encontrado separados de Dios a causa de su pecado, y existe un gran vacío dentro de cada uno de nosotros, que podría llamarse, un hueco del tamaño de Dios.

La única cosa que puede llenar ese vacío, es la persona de Jesucristo. Yo intenté llenarlo con todo lo que el mundo me ofrecía, pero fue solamente Jesús el que me hizo completo. Y Él está deseoso de hacer lo mismo en su vida el día de hoy.

Si usted todavía no ha aceptado a Jesucristo como su Señor, le animo a que ore una oración como esta:

Querido Jesús, yo sé que soy un pecador, y sin Ti, estoy perdido. Yo creo que tú moriste en la cruz por mis pecados, y que resucitaste de la muerte al tercer día; y que a través de tu sacrificio pagaste la pena por todos mis pecados. Acepto tu dádiva de la vida eterna y te doy las gracias por salvarme. Amén.

Si pudo orar esa oración de corazón, entonces usted es hijo de Dios, y puede estar convencido de ello. Le animo a que busque una iglesia donde predican a Cristo y creen en la Biblia. Mi oración por usted es que Dios le bendiga conforme usted camina con Él cada día.